

mientos de desprecio de sí mismo. Lo que dice de la caridad dá un santo fervor y anima á sufrirlo todo por Jesucristo. El elogio que tributa á la castidad hace tan amable esta virtud, que mueve á consagrarlo todo á Dios. ¡ Qué grande aparece, cuando habla de la segunda venida de Jesucristo ! Lo hace con tanta viveza, representa el formidable aparato con tanta propiedad, que parece como que se vé al Juez soberano asentado en su trono de magestad, y sólo la realidad podrá dar una idea más viva.

Nos hemos extendido algo más en lo relativo á la predicación de san Efrén, porque este ministerio es el más importante de su vida. ¡ Con qué corazón tan bien dispuesto hablaba ! ¡ Con cuanta rectitud de intención ! ¡ Con cuanto celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas ! ¡ Cuán léjos estaba de hacer alarde del talento que habia recibido de Dios ! ¡ Con cuanta dulzura, y al propio tiempo, con cuanta vehemencia se expresaba ! ¡ Cuanta sublimidad en sus pensamientos, cuanta grandeza en sus sentimientos, cuanta nobleza en sus expresiones, y cuanta efusión de corazón en su celo ! Tenia todas las cualidades exteriores que constituyen á un verdadero orador, y todas las virtudes interiores que necesita un predicador. Quebrantaba, heria, conmovia y subyugaba los corazones. Nada se le resistia. Conmovia, porque él estaba conmovido, y de este modo Dios bendecia los trabajos que practicaba por su gloria y por su amor.

Aunque hemos dicho que san Efrén corregia su carácter naturalmente inclinado á la ira en su juventud, sustituyéndola con la dulzura ; sin embargo, como esta dulzura era hija de la caridad, que no entibia el ardor de su celo, cuando se trataba de la gloria de Dios y del bién de las almas, se levantaba con fortaleza y vigor apostólico en defensa de la fé. Así es que durante su vida no cesó de perseguir á los herejes, muy numerosos en su tiempo, y consiguió

sacar de sus lazos á muchas personas seducidas por ellos. Dice san Gregorio, que, cuando los atacaba, se asemejaba á un atleta experimentado y vigoroso luchando con un niño tierno y raquítico.

Ninguna consideración humana, ningún género de temor podian impedirle combatir esforzadamente en favor de la doctrina católica. Aunque la impiedad de Ario dominaba por aquella época en Oriente, y era protegida por los poderosos del siglo, se mostró siempre, tanto en sus palabras como en sus escritos, defensor intrépido del dogma de la Santísima Trinidad, increada y consustancial, y de la divinidad de Jesucristo. Combatia á los herejes antiguos y á los de su tiempo, y hasta previó los errores que más adelante habian de aparecer, como los de Nestorio y Eutiques, según veremos al hablar de su testamento. No perseguia con ménos fortaleza á los paganos : así es que, sin poseer la lengua ni la erudición de los griegos, y sólomente con los auxilios sobrenaturales que habia recibido de Dios, impugnaba con tan vivos argumentos á estos enemigos de la fé, que sucumbian á los golpes de su arrebatadora elocuencia.

Un hereje llamado Bardesano, que dió su nombre á una secta, y su hijo Harmonio, se hicieron célebres en Osroene, infestando esta comarca con sus errores. Para hacerlos deslizar más insensiblemente en los espíritus, se valió Harmonio de su erudición en las ciencias de los griegos, componiendo poesías en lengua siriaca, y poniéndolas en música, lo cual hasta entónces no se habia acostumbrado en aquel pais. Viendo san Efrén el daño que semejante artificio podia acarrear á la fé, se sirvió del númen poético con que Dios también le habia favorecido, y compuso himnos sobre las verdades católicas, tanto en honor de Dios y de sus Santos, como sobre otros puntos de doctrina. De modo que, encontrando el pueblo en ellos la

misma armonía, é instruyéndose en las verdades que debía aprender, dejó las canciones heréticas para entonar las del Santo, lo cual contribuyó al mismo tiempo para dar mayor esplendor y solemnidad á las fiestas de los mártires, como dicen Teodoreto y Sozomeno.

Aunque san Efrén se hallaba muy ocupado en el ministerio de la predicación y en las funciones de su orden, no dejaba de vivir en retiro y soledad en cuanto le era posible. Su estado de solitario le era inmensamente más amado, y conservaba su hábito y sus prácticas. Vivía ordinariamente en su celda y en un monasterio, de donde no salía más que para cumplir los deberes de su misión y del puesto que tenía en el clero. En este monasterio recibía á todos los que venían á pedirle consejo y á recibir sus excelentes instrucciones.

Hay entre sus obras una carta, por cierto muy digna de él, de la que aparece que fué superior de este monasterio; pero como tenía necesidad de salir con frecuencia de Edesa para cumplir los deberes del diaconado, encomendó el gobierno á un monje llamado Juan, y vivió despues como simple religioso. Así es que, pretendiendo un tal Teodosio entrar en el monasterio, lo envió á Juan, como abad que era, y á nadie recibía sin previa licencia de éste, lo cual patentiza una vez más su humildad. Movidó por esta misma virtud alababa las diferentes prácticas de los demás religiosos; miéntras que se anodadaba á sí mismo diciendo que su relajación le impedía imitarles.

Hemos dicho que san Efrén, movido interiormente por el Espíritu Santo, dejó á Nisíbis, su patria, para vivir en Edesa, como asegura san Gregorio, quien añade que, impulsado por el mismo Espíritu, hizo un viaje de Edesa á Cesarea, en Capadocia, para ver al grande san Basilio, que era su obispo. Todo lo que le ocurrió en esta visita demuestra que Dios se la había inspirado: San Basilio le

conocía, ya por su reputación, ya sea cuando estuvo en Mesopotamia hacia el año 357, ya sea por lo que le dijo san Eusebio de Samosata, á quien visitó en el de 372.

El mismo san Efrén refiere parte de lo que le ocurrió en esta visita, y dice que, habiendo llegado á Cesarea, y queriendo Dios manifestarle los efectos de su misericordia, oyó una voz que le dijo: Levántate Efrén, y anda á recibir pensamientos é instrucciones que te servirán de gran provecho — Movidó del ardiente deseo que siempre le animaba por el bién, se apresuró á contestar: ¿En donde, Señor, podré encontrarlos? — La misma voz le replicó. Yo tengo en mi casa un magnífico y precioso vaso, que te proporcionará este alimento. — Lleno de gozo y de admiración al oír estas palabras, se dirigió á la iglesia, en donde encontró á san Basilio, verdadero vaso de elección expuesto á la vista de su rebaño, cuyos ojos estaban fijos en él, y al que con la elevación de su celeste elocuencia suministraba el pasto de la divina doctrina, es decir, de la ley evangélica, de la enseñanza de Jesucristo y de los Apóstoles, y de todo lo que puede inspirar respeto á los sagrados misterios. Dios quiso abrir de una manera extraordinaria los ojos de Efrén, y manifestarle la fuente de donde sacaba este santo Doctor las aguas que distribuía á sus ovejas, y para ello le hizo ver sobre sus espaldas una paloma blanca como la nieve y rodeada de luz esplendente, la cual ponía en sus oídos las verdades que enseñaba á su pueblo. Efrén no pudo ménos de alabar en alta voz la sabiduría de este santo Doctor, y la magnificencia de Dios, que de una manera tan portentosa glorifica á los que le glorifican.

Como se expresaba en lengua siriaca, sólo algunos asistentes le comprendieron, y preguntaron quién era este extranjero que de esta manera alababa á su obispo. Al mismo tiempo hizo Dios conocer á san Basilio que era san Efrén,

y concluida la asamblea, le llamó, le preguntó por medio de un intérprete porque le había alabado en presencia de todo el pueblo, y añadió: ¿Sois, pues, Efrén, el que tan generosamente se ha sometido al yugo saludable de Jesucristo? — ¡Ah! respondió, yo soy Efrén, el que se ha separado del camino de la salvación.

San Basilio le tomó de la mano, le abrazó, y le ofreció una mesa cargada, no de manjares corruptibles, sino de verdades eternas. Le habló de los medios de hacerse agradable á Dios, de evitar el pecado, de domar las pasiones, de hacerse favorable al Juez soberano, y de llegar á la perfección evangélica. Pero lo hizo con tanta unción, que Efrén, no pudiendo contener el efecto que estas palabras habían producido en su corazón, exclamó bañado en lágrimas: Padre mio, no abandonéis á un relajado y perezoso: ponedme en camino seguro, ablandad mi corazón de piedra. Dios me ha traído á vos, para que os intereseis por mi alma, y para que, como experimentado piloto, me lleveis al puerto de salud. »

Conversaron durante algún tiempo con esa satisfacción y gozo mútuo con que tratan los santos las cosas celestiales. Asegura san Efrén que sintió en su alma un vigor tan grande, que la renovó enteramente. Como en el elogio que hace de san Basilio, habla extensamente de la contienda que sostuvo este santo Doctor con el emperador Valente en defensa de la fé católica, es de creer que supiera de él mismo todos sus detalles. Le refirió también san Basilio la historia de los cuarenta soldados martirizados en Sebaste bajo Licinio, y le exhortó á que trazara su elogio, como efectivamente lo hizo. Además de lo que acabamos de referir, extrayéndolo de las obras de san Gregorio Niseno y de las del mismo san Efrén, pueden verse los documentos de la Iglesia griega de Cotellier.

Hace notar Tillemont, que, de la manera con que se

expresa san Efrén al hablar del emperador Valente en el elogio de san Basilio, se deduce que este príncipe había muerto hacía poco tiempo, y que aún vivía san Basilio. Valente murió el nueve de Agosto de 378, y la vida de san Efrén no puede asignarse más allá de Setiembre del mismo año. Pero ántes de tratar de su muerte, debemos notar algunas circunstancias de su vida.

Dios le había favorecido con un don eminente de oración. Además de las visiones que tuvo y que hemos referido, le compara san Gregorio á Moisés, y dice, que, como este candillo del pueblo escogido, gozó de la vista de Dios en cuanto es posible á un hombre, y que, como los profetas, tuvo diferentes revelaciones. Aduce en particular, que, meditando un dia sobre uno de los misterios de nuestra santa religión, vió una columna de fuego que se levantaba hasta el cielo, con lo cual se le demostraba la sublimidad de este misterio.

En otro ocasión y siendo ya anciano, se hallaba sentado en un lugar tranquilo, meditando las miserias de esta vida y la negligencia con que de ordinario la pasamos. Levantó sus ojos al cielo, y como arrobado en éxtasis, se le manifestó Dios á los ojos de su corazón, asentado en trono de gloria, y reprendiéndole severamente. Quedó tan atemorizado con esta visión, que no pudiendo contener la mirada de tanta Majestad, buscaba en donde ocultarse. Se arrojó, por último, á los pies del Señor, y le suplico humildemente que tuviese misericordia de él. Dios escuchó su plegaria, y tranquilizó su agitado corazón. Escribió lo que le había ocurrido, y lo manifestó á los demás religiosos, diciéndoles que á toda hora se acuerda de esta visión; que su cuerpo se estremece, y que no puede menos de derramar lágrimas, por lo cual les rogaba que orasen para alcanzarle la misericordia de Dios.

En otra ocasión salía de Éfeso con sus discípulos muy

de mañana, y fijándose en la claridad de las estrellas, se representó á su imaginación la gloria con que aparecerán á la derecha de Jesucristo los cuerpos de los bienaventurados en el día del juicio. Esta idea terrible le llenó de tanto temor, que le hizo arrojar un randal de lágrimas. Preguntáronle sus discípulos la causa, y les respondió: « Temo mucho, mis queridos hermanos, que los que no juzgan de mí sino por las exterioridades, y alaban las buenas obras de que no tengo más que apariencia, sufran un desengaño cuando me vean en las llamas eternas: pues yo solo sé cuán negligente soy. »

Quiso Dios que un año ántes de su muerte uniese á la corona que le habian labrado sus virtudes, y sobre todo su humildad, la que tiene reservada á los que ejercen la misericordia. La ciudad de Edesa se vió muy afligida por el hambre, y las gentes de las campiñas no sufrían ménos que las de las ciudades. Lleno de compasión, dejó su celda, de donde, como hemos dicho, no salía sino para cumplir sus funciones eclesiásticas. Vino á la ciudad, y reprendió severamente á los ricos, que en una pública calamidad no socorrian á los pobres, haciéndoles ver que esta dureza, hija de la avaricia, sería la causa de la perdición de sus almas, cuya salvación debían anteponer á todas sus bienes temporales.

Los ricos, que, por otra parte, profesaban una gran veneración á este Santo, quisieron en un principio excusarse, dando por razon que no se hallaban apegados á sus riquezas, sino que no encontraban medios de distribuirlas equitativamente, por lo cual temían que sus limosnas no llegasen á los verdaderamente necesitados. Entónces san Efrén, tan caritativo como humilde, valiéndose del buén concepto que de él tenían formado, les dijo: « Y yo ¿ de que sirvo? ¿ no seré capaz de hacer una distribución equitativa? Puesto que teneis confianza en mí, confiadme el cuidado de los pe-

bres: desde hoy y contando con vuestros caritativos sentimientos, me encargaré de proveer á sus necesidades. »

Cuando hubo recibido algunas cantidades, dispuso trescientas camas en las galerías públicas que hizo cerrar: proporcionó alimentos á los que de él carecían, y medicinas á los enfermos, prestándose á todos los oficios del cargo que voluntariamente se habia impuesto con un celo eficazísimo y una caridad infatigable. Durante un año se consagró á estos ejercicios, y siendo abundante la siguiente cosecha, quedó terminada su mision, y se retiró nuevamente á su celda, en donde murió al cabo de un mes despues de breve enfermedad.

Al saberse en la ciudad que se hallaba enfermo, todos sus habitantes querían ser testigos de sus piadosos sentimientos, que nos han sido conservados en su testamento. Es éste un documento muy respetable, que patentiza las clarísimas luces de su privilegiada inteligencia y las tiernas expansiones de su corazón. Este hombre de Dios, rodeado de sus discípulos y de gran número de los habitantes de Edesa, como en otro tiempo lo estuviera el patriarca Jacob de sus hijos, y á pesar de su debilidad y de los dolores que experimentaba, abrió su boca acostumbrada á pronunciar oráculos, y lleno del espíritu de Dios que le habia guiado en todas sus obras, exhortó á todos á que se aprovecharen de las instrucciones que les habia dado durante su vida, á que formasen de ellas la regla de conducta, y á que se conservasen en la pureza de la fé. Insistió principalmente sobre este último punto á causa de las herejías que entónces infestaban el mundo, y lo hizo con palabra enérgica, para que los sentimientos que les inspiraba se grabasen profundamente en sus corazones. Fulminó sus anatemas contra los arianos, los maniqueos, los novacianos, los ofitas, los marcionitas, los eunomianos, los paulianistas, discípulos de Pablo de Samozata, los valentinianos, los apolinaristas,

los infames borborianos ó gnósticos, contra todos los que adoran los árboles, las piedras, el sol, la luna y las demás criaturas, contra todos los que se guían por los augurios y la astrología judiciaria, y por último, contra los mesalianos, que, bajo el hábito de monjes y las apariencias de una continuada oración, renovaban las impiedades de los maniqueos. Recomendó á todos que se guardasen de estos obreros de la iniquidad, á quienes trató de insensatos y seductores, y los exhortó á que permaneciesen firmes en la fé de la Iglesia, á la que llama el cordero que nunca podrá devorar el lobo, y la paloma que no caerá en las garras del dragón infernal.

« De esta manera, les dice, mis amados discípulos, y así podría llamar á todos los habitantes de Edesa, de esta manera, acordándoos siempre de las recomendaciones que os tengo hechas, y de la doctrina que os he enseñado, y que he conservado fielmente desde mi infancia, guardaos mucho de no extraviaros en ningún punto de la fé católica, ni de dejaros llevar de la duda, ni precipitar en el cisma. Si alguno se levantara contra la Iglesia, ó combatiese sus sagrados dogmas, desertando de la verdad, pido á Dios que lo hiera con el terror de Caín, y que, cual éste, viva sobre la tierra : que sea tragado por ésta, ó que perezca sirviéndose de los lazos de iniquidad que empleó Júdas para darse muerte. La fé que os he enseñado es la misma que enseñaron los apóstoles : pues que Dios no ha dado otra á la tierra. Es una temeridad intolerable y un crimen que debe rechazarse con horror el blasfemar de Dios, y es blasfemar el abjurar su fé. » — Inculca con tanta insistencia estas verdades en el espíritu de sus discípulos y de todos lo que se hallaban presentes, que se creería no tener que hacerles otra recomendación. Lo cual nos indica que el cisma y la herejía son gravísimos males : que los santos los miraron siempre con horror y que procuraron con sus ins-

trucciones y ejemplos apartar de ellos á los pueblos.

La humildad, que profesó todo su vida, le acompañó hasta la muerte, como aparece de su testamento. Aún cuando en algunos pasajes parece hablar favorablemente de sí mismo, se vé que lo hace más bién por animar á sus discípulos á seguir sus consejos, que por propia alabanza. Así lo hizo en otro tiempo Samuel al dejar el gobierno del pueblo de Dios, y san Pablo en Mileto, cuando se retiró del Asia. Por otra parte al reiterar tantas veces la acusación de sus pecados, no se reconoce, ni quiere que se le mire sino como un pecador que teme á toda hora la justicia de Dios : que tiene que presentarse temblando ante su tribunal : que implora con lágrimas su misericordia, y que tiene puesta su confianza en su bondad infinita.

Por esta razón creyéndose indigno de toda alabanza y de todo honor, emplea gran parte de su testamento en prohibir severamente que se le tributen honores de ningún género despues de su muerte. Insiste más de una vez en este encargo, y dice que no quiere que su cuerpo se revista de ricos hábitos, ni que se le embalsame, ni que se le conduzca con pompa á la sepultura, ni que se le entierre bajo un altar ú otro lugar del templo, ni con los santos, porque es indigno de semejante compañía. Tampoco quiere que se le enciendan cirios, ni que se le ponga en una tumba especial, ni que se tome cosa alguna de sus hábitos, cual si fuesen reliquias. Ordena que se le vista con la túnica y el manto que lleva de ordinario; que se le lleve en hombros, y se le entierre en el cementerio público y en el lugar destinado á los extranjeros, sin otras ceremonias que la recitación de los salmos y oraciones acostumbradas por la Iglesia. Pide con muchas instancia que se ore por él, que se celebre con frecuencia el santo Sacrificio, y que se haga conmemoración de él en los treinta dias siguientes á su defunción.